

CUARTO BLANCO

Por Joel Sebastián Baez

El olor del tabaco cubría toda la habitación, no lo soportaba, ni tampoco el sonido de la muerte. Estaba ansioso, no sabía qué hacer, cada vez más la desesperación cubría las células de mi cuerpo, tenía la mirada perdida, no era capaz de voltear a ver, intentaba no observar sus sombras agonizantes, sentía sus respiraciones agitadas, no soportaba los gritos de dolor que se mezclaban con la música de fondo. El cuarto era color blanco, sin ventanas, con una única entrada y salida, baldosín rosa ¿o tal vez blanco? No lo sé, la sangre es muy difícil de lavar cuando se deja mucho tiempo sobre el suelo. Era mi primer vez en este pútrido lugar, no quería volver jamás; intentaba dispersar mi mente, recordar momentos alegres y tranquilos de mi vida. En ese instante me aferré a mis recuerdos, eran la única

forma de escape de ese pequeño cuarto blanco.

Los días pasan y mi vida ya no es la misma, los gritos de dolor, terror y desesperación me vuelven loco. Nadie sabe en qué momento la vida nos da un giro de 360° y nos pone en situaciones inesperadas. Nadie se imagina en qué momento la muerte nos ataca sin dejar rastro alguno, o simplemente nadie comprendería la pesadilla que es decidir la muerte de un ser humano. Suena sencillo, yo antes de entrar a ese cuarto blanco lo pensaba; hasta que ese maldito lunes deciséis, tuve que enfrentarme quizá a la decisión más difícil en mi vida. Tal vez fui egoísta, o solo cobarde, pero ahora soy consciente del daño que genero.

Eran las tres de la tarde de un lunes dieciséis, era invierno, llovía y la gente parecía insectos que huyen al ser descubiertos debajo de las rocas. Yo tomaba un café y observaba sin interés en mi ventana aquel gracioso espectáculo, esa tarde nada lograba captar mi atención, solo una pequeña niña tal vez de 8 o 9 años que jugaba sobre los charcos, era morena, pelo ondulado ¿Sus ojos?... tal vez negros, no lo sé, no logré ver de cerca el tamaño ni el color de sus ojos, solo capté en realidad la forma en que se divertía en la calle, la forma en que creaba historias en su mente. Me causó tal curiosidad la forma en que se divertía y sonreía, sí, lo que más llamo mi atención esa fría tarde fue la sonrisa de esa pequeña niña, una sonrisa tan real que al instante me produjo nostalgia; nostalgia de ver que hasta la sonrisa la tenemos prohibida, de sentir como los sentimientos se hielan poco a poco dentro de este congelador de cemento...

Me siento más vacío que nunca. No soy capaz de seguir siendo cómplice en este sacrilegio, me siento agotado, ya no soporto la sangre; Los recuerdos felices en mi cabeza se acabaron, el dolor y la muerte son mi cotidianidad. En las noches solo recuerdo el rostro de la muerte; recuerdo mi rostro, no sé en qué momento acabará esta pesadilla. Después de tanto tiempo, aun me sudan las manos, la piel de gallina y los escalofríos ahora hacen parte de la rutina; no lo quiero volver hacer, pero es mi deber.

Mi última gota de tranquilidad se derramo cuando tuve de nuevo que entrar a ese pequeño cuarto blanco, donde una luz tenue e intermitente enfoca la camilla gris; Quité la manta la fría del rostro de aquella persona, entonces los vi, eran redondos con

pestañas largas y negro su color, reflejaban angustia e incertidumbre, se movían por doquier, intentaban reconocer aquel extraño lugar, entonces frenaron sobre mi rostro, penetrando mi mirada, aunque temblorosos aun irradiaba sus ansias de vivir, de seguir forjando sus sueños. Así eran sus ojos, los ojos de aquella niña, que llegó a ese maldito cuarto blanco.

Ahora el dolor, la culpa y la cobardía me persiguen, son mi sombra... Salí lo más rápido que pude de aquel lugar, saqué un revolver que había escondido, lo cogí sin pensarlo dos veces... pero supe al final que no había necesidad de suicidarme, yo ya estaba muerto, había muerto desde el primer momento que pisé aquel cuarto blanco.

Joel Sebastián Baez
Estudiante III Semestre de Artes Escénicas,
énfasis en Actuación.
Facultad de Artes ASAB.